

usted de decir!—profirió Delfina besando al estudiante en la frente.

—Por ti ha despreciado á la señorita Taillefer y sus millones—dijo á su hija el padre Goriot.—Sí, aquella pequeña le quería á usted, y una vez muerto su hermano será rica como Crespo.

—¡Oh! ¿por qué lo dice usted?—exclamó Rastignac.

—Eugenio—le dijo Delfina al oído,—esa noticia me causa pena, y contribuirá á que le quiera á usted toda mi vida.

—He aquí el día más feliz que he pasado desde que os habéis casado—exclamó el padre Goriot.—El buen Dios puede hacerme sufrir cuanto quiera, porque con tal que no sea por vosotros, me diré siempre. «En febrero de este año fui por un momento más feliz que cualquier hombre durante su vida entera.» Fíjate, mírame—dijo á su hija.—Es muy guapa ¿verdad? Dígame ¿ha visto usted nunca mujeres que tengan colores tan hermosos y tan bonitos hoyuelos? No ¿verdad? Pues bien, yo he sido el autor de esta encantadora mujer. Y en lo sucesivo, si usted la hace feliz, se pondrá mil veces más guapa. Vecino, si necesita usted mi parte de cielo, ya se lo doy: yo me iré al infierno. Comamos, comamos, porque no sé lo que me digo.

—¡Pobre padre!

—Hija mía—dijo Goriot levantándose, aproximándose á su hija, cogiéndole la cabeza y besando sus cabellos—¡si supieras con cuán poco me puedes hacer feliz! Ven á verme alguna vez, yo estaré arriba y no tendrás más que dar un paso. ¿Me lo prometes?

—Sí, papá querido.

—¿De veras?

—Sí, papáito.

—Bien, bien, me agrada tanto escucharte, que te lo haría repetir cien veces. Comamos.

La velada entera fué empleada en estas puerilidades, y el padre Goriot no se mostró el menos loco de los tres: se acostaba á los pies de su hija para besárselos, se miraba en sus ojos, rozaba la cabeza contra su bata, hacía, en fin, locuras cual pudiera hacerlas el más joven y tierno amante.

—¿Ve usted?—dijo Delfina á Eugenio.—Cuando mi padre está con una de nosotras, hay que ser toda de él, lo cual no deja de ser á veces molesto.

Eugenio, que había sentido ya varias veces el impulso de los celos, no podía vituperar estas palabras, que encerraban el principio de todas las ingratitudes.

—Y ¿cuándo estará acabada de arreglar la habitación?—dijo Eugenio mirando en torno suyo.—¿Tendremos que separarnos esta noche?

—Sí, pero mañana vendrá usted á comer conmigo—le dijo ella con aire malicioso.—Mañana es día de Italianos.

—Yo iré al paraíso—dijo el padre Goriot.

Eran las doce de la noche, y el coche de la señora de Nucingen esperaba abajo. El padre Goriot y el estudiante se volvieron á la casa Vauquer hablando de Delfina con un entusiasmo creciente, que produjo un curioso combate de expresiones entre aquellas dos violentas pasiones. Eugenio no podía menos de ver que el amor del padre eclipsaba al suyo por su persistencia y por su extensión. El ídolo era siempre puro y hermoso para el

padre, y su adoración se extendía al pasado y al porvenir. Al llegar á la posada, encontraron á la señora Vauquer en el rincón de la estufa, entre Silvia y Cristóbal. La posadera estaba allí como Mario sobre las ruinas de Cartago, y esperaba á los dos únicos huéspedes que le quedaban, desahogando su pena con Silvia. Aunque lord Byron haya atribuído hermosos lamentos á Tasso, éstos están muy lejos de igualar á los que se hacía la señora Vauquer.

—Silvia, mañana por la mañana no habrá que hacer más que tres tazas de café. ¿No es para morir se ver mi casa desierta? ¿Qué es la vida sin mis huéspedes? nada. He aquí mi casa desprovista de sus hombres, que eran su vida. ¿Qué delito he cometido para merecer estos desastres? Habíamos hecho provisión de judías y de patatas para veinte personas. ¡La policía en mi casa! Tendremos que comer patatas solas, y habrá que despedir á Cristóbal.

El saboyano, que dormía, se despertó de pronto y dijo:

—¿Señora?

—¡Pobre muchacho! es fiel como un perro—dijo Silvia.

—En un momento tan malo, porque todo el mundo tiene casa. ¿De dónde van á venir los huéspedes? Yo me volveré loca. Y esa bruja Michonneau que se me lleva á Poirer. ¿Qué le dará para que ese hombre le sea tan adicto y le siga como un perrito faldero?

—¡Ah! ¡diantre!—dijo Silvia moviendo la cabeza—¡esas solteronas tienen unas artes!

—Y ese pobre señor Vautrín que dicen que es pre-

sidario. Vamos, Silvia, yo no puedo creerlo. ¡Un hombre tan alegre, que gastaba y pagaba como un príncipe!

—Y que era generoso—dijo Cristóbal.

—Debe haber algún error—añadió Silvia.

—Pero, no, él mismo lo ha confesado—repuso la señora Vauquer.—Y ¡decir que todas esas cosas han ocurrido en mi casa, en un barrio donde no pasa un alma! Á fe que me parece estar soñando, porque, mira, hemos visto morir á Luis XVI, hemos visto caer al Emperador, le hemos visto volver y caer otra vez, todo lo cual estaba dentro de lo posible, mientras que no hay medio de destruir las posadas, porque se puede pasar sin el rey, pero nadie pasa sin comer. Y cuando una mujer honrada que se apellida Conflans da de comer convenientemente, á menos que se acabe el mundo... Pero, sí, esto es el fin del mundo.

—Y pensar que la señorita Michonneau, que le ha causado todo este daño, va á recibir, según dicen, mil escudos de renta—exclamó Silvia.

—No me hables de esa infame—repuso la señora Vauquer.—Y por si esto no fuese bastante, aun se va á casa de la Buneaud. La creo capaz de todo, y en sus buenos tiempos creo que había hecho horrores: matar, robar. ¡Oh! debía de estar en presidio reemplazando á ese pobre hombre.

En este momento llamaron Eugenio y el padre Goriot.

—¡Ah! ahí están mis dos fieles—dijo la viuda suspirando.

Los dos fieles, que sólo tenían un ligero recuerdo de los desastres de la posada, anunciaron sin ceremonia á

su patrona que se iban á vivir á la calzada de Antfn.

—¡Ah! Silvia—dijo la viuda—¡esto es lo único que me faltaba! Señores me han dado el golpe de muerte. Me parece tener en el estómago una barra de hierro. ¡Oh! este día me hará envejecer diez años. ¡Palabra de honor que me volveré local! ¿Qué hacer de las judías? ¡Ah! Cristóbal, si me quedo sola, te irás mañana.

—Pero ¿qué tiene?—preguntó Eugenio á Silvia.

—¡Diantre! que todo el mundo se ha ido á causa de lo que ha ocurrido, y esto le ha trastornado la cabeza. Vamos, ya la oigo que llora. Más vale que se desahogue. Esta es la primera vez que la veo derramar lágrimas desde que estoy á su servicio.

Al día siguiente la señora Vauquer se había tranquilizado, y si parecía afligida como mujer que había perdido todos sus huéspedes y cuya vida estaba trastornada, gozaba de toda su razón y demostró lo que era el dolor verdadero, el dolor profundo, el dolor causado por los intereses heridos y las costumbres destruídas. La mirada que un amante dirige á los lugares habitados por su amada al abandonarlos, no es ciertamente más triste que la que la señora Vauquer dirigió á la mesa vacía. Eugenio consolaba diciéndole que Bianchón, cuyo internado acababa pocos días después, iría sin duda á reemplazarle; que el empleado del Museo había manifestado muchas veces deseos de tener la habitación de la señora Couture y que en pocos días habría sustituido el personal.

—¡Dios le oiga, señorito! Pero lo dudo, porque la desgracia ha entrado aquí. Ya verá usted como antes de diez días nos visitará la muerte—dijo dirigiendo una lúgubre mirada al comedor.—¿Á quién vendrá á buscar?

—Entonces vale más largarse—dijo en voz baja Eugenio al padre Goriot.

—Señora—dijo Silvia asustada,—hace ya tres días que no he visto á Mistigris.

—¡Ah! ¡Dios mío! si mi gato ha muerto, si nos ha abandonado, yo...

La pobre viuda no pudo acabar la frase, juntó las manos y se dejó caer en su sofá anonadada por este terrible pronóstico.

Á eso de las doce, hora en que los carteros llegaban al barrio del Panteón, Eugenio recibió una carta, cuyo elegante sobre ostentaba las armas de Beauseant. Aquella carta contenía una invitación dirigida á los señores de Nucingen para el gran baile anunciado hacía un mes, que debía celebrarse en casa de la vizcondesa. Á esta invitación iban unidas cuatro letras para Eugenio:

«Caballero: He pensado que tendría usted un placer en ser el intérprete de mis sentimientos para con la señora de Nucingen; le envío la invitación que usted me ha pedido, y tendré mucho gusto en conocer á la hermana de la señora de Restaud. Tráigame á esa bonita persona, y haga de modo que no le conquiste todo su afecto, toda vez que me debe usted alguno en cambio del que yo le profeso.

» VIZCONDESA DE BEAUSEANT.»

—Pero la señora de Beauseant me dice claramente que no quiere ver al barón de Nucingen—se dijo Eugenio volviendo á leer la carta.

Y se fué inmediatamente á casa de Delfina, muy

satisfecho de poder procurarle un goce cuyo premio sin duda iba á recibir. La señora de Nucingen estaba en el baño, y Rastignac la esperó en el gabinete con esa impaciencia propia de un joven ardiente que ambiciona el poder tomar posesión de una amada que ha sido objeto de dos años de deseos. Esta clase de emociones no se repiten dos veces en la vida de los jóvenes. La primera mujer, realmente mujer, á la que se adhiere un hombre, es decir, la que se presenta con todo el esplendor de acompañamientos que exige la sociedad parisiense, ésta no tiene nunca rival. El amor en París no se parece en nada á los demás amores. En este país una mujer no debe satisfacer únicamente el corazón y los sentidos, y sabe perfectamente que tiene mayores obligaciones, acarreadas por las mil vanidades de que se compone la vida. Allí es donde el amor es, sobre todo, esencialmente jactancioso, descarado, gastador, charlatán y fastuoso. Si todas las mujeres de la corte de Luis XIV envidiaron á la señorita de la Valliere el arrebató de la pasión que hizo olvidar á aquel príncipe que los encajes de sus mangas le costaban mil escudos para facilitar al duque de Vermandois su entrada en la escena del mundo ¿qué se puede pedir al resto de la humanidad? Sed jóvenes, ricos y nobles, sed más si podéis, y cuantos más granos de incienso queméis ante vuestro ídolo, si es que tenéis ídolo, más favorable os será. El amor es una religión, y su culto debe costar más caro que el de todas las religiones; pasa pronto, y pasa como niño travieso que deja huellas de sus pasos por sus devastaciones. El lujo del sentimiento es la poesía de las buhardillas. Sin este sentimiento, ¿qué sería del amor?

Si hay excepciones de estas leyes draconianas del código parisiense, se encuentran en la soledad, en las almas que no se han dejado arrastrar por las doctrinas sociales, que viven cerca de algún manantial de agua clara y fugitiva, pero incesante, y que, fieles á sus verdades sombras y felices de poder escuchar el lenguaje de lo infinito, escrito para ellos en todas partes y en su propio corazón, extienden pacientemente sus alas compadeciendo á los de la tierra. Pero Rastignac, como la mayor parte de los jóvenes que han gustado de antemano las grandezas, quería presentarse armado en la lid del mundo, sentía su fiebre, y se creía tal vez con fuerzas para dominarlo, aunque no conocía los medios ni el objeto de su ambición. Á falta de un amor puro y sagrado que llene la vida, esta sed de poder puede ser una buena cosa, bastando para ello con despojarse de todo interés personal y proponerse la grandeza de un país. Pero el estudiante no había llegado aún á esa edad en que el hombre puede contemplar el curso de la vida y juzgarla. Hasta entonces aun no había sacudido por completo el encanto de las frescas y suaves ideas que rodean como de follaje á la juventud de los hombres educados en provincias. Había dudado continuamente franquear el Rubicón parisiense, y á pesar de su ardiente curiosidad, seguía conservando algunas preocupaciones de la vida feliz que hace el verdadero hidalgo en su castillo. No obstante, sus últimos escrúpulos habían desaparecido la víspera cuando se había visto en su habitación. Gozando de las ventajas materiales de la fortuna, como gozaba hacía tiempo de las ventajas morales que procura el nacimiento, se había despojado

de su piel de provinciano y se había establecido complacientemente en una situación desde la cual descubría un hermoso porvenir. Así es que, mientras esperaba á Delfina, cómodamente sentado en aquel bonito gabinete que se parecía un tanto al suyo, se veía ya tan lejos del Rastignac recién llegado á París, que se preguntaba si se parecía á sí mismo.

—La señora está en su cuarto—fué á decirle Teresa, haciéndole estremecerse.

Eugenio encontró á Delfina tendida sobre un sofá en el rincón del fuego fresca como una rosa.

—Conque ya estamos aquí?—le dijo ella con emoción.

—¿Á que no sabe usted lo que le traigo?—dijo Eugenio sentándose á su lado y tomándole el brazo para besarle la mano.

La señora de Nucingen dió muestras de contento leyendo la invitación, fijó en Eugenio sus ojos y se abrazó á su cuello llevada de un delirio de vanidosa satisfacción.

—Y ¿es á usted (á ti—le dijo al oído;—pero Teresa está en mi tocador y hemos de ser prudentes), es á usted á quien yo debo esta dicha? Sí, me atrevo á llamar á esto dicha. Obtenida por usted, ¿no es algo más que un triunfo de amor propio? Nadie ha querido presentarme en ese mundo. En este momento tal vez me encuentre usted ligera, pequeña y frívola como una parisiense; pero piense usted, amigo mío, que estoy dispuesta á sacrificárselo todo, y que si deseo más ardientemente que nunca frecuentar el arrabal Saint-Germain, es porque usted lo frecuenta.

—¿No opina usted que la señora de Beauseant pa-

rece decir que no cuenta ver al barón de Nucingen en su baile?—dijo Eugenio.

—Es claro—dijo la baronesa devolviendo la carta á Eugenio.—Esas mujeres tienen el genio de la impertinencia; pero no importa, iré. Mi hermana tiene que ir también y sé que se prepara un traje delicioso. Eugenio —le dijo en voz baja,—Anastasia va para disipar espantosas sospechas. ¿No sabe usted los rumores que corren? Esta mañana vino Nucingen á decirme que ayer se hablaba mucho de ella en el círculo, con gran descaro. ¡Oh! Dios mío ¡de qué poco depende el honor de las mujeres y de las familias! Me he sentido atacada y herida en mi pobre hermana. Según ciertas personas, el señor de Trailles ha firmado letras por valor de cien mil francos y como han vencido, iba á ser perseguido. En esta situación se dice que mi hermana vendió sus diamantes á un judío; aquellos hermosos diamantes que le ha visto usted y que provienen de la madre de Restaud. En fin, hace dos días que no se habla más que de esto, y concibo que Anastasia desee atraerse todas las miradas en casa de la señora de Beauseant presentándose con todos los diamantes. Pero yo no quiero quedar debajo de ella, porque siempre ha querido rebajarme y nunca ha sido buena para mí, á pesar de que le he hecho muchos favores y de que siempre le daba dinero cuando ella no lo tenía. Pero dejemos el mundo. Hoy quiero ser completamente feliz.

Á la una de la mañana Rastignac estaba aún en casa de la señora de Nucingen, la cual, al darle el adiós de los amantes, ese adiós lleno de futuros goces, le dijo con melancólica expresión:

—Soy tan miedosa, tan supersticiosa (dé usted el nombre que quiera á mis presentimientos), que temo pagar mi dicha con alguna espantosa catástrofe.

—¡Niña!—le dijo Eugenio.

—¡Ah! ¿me toca á mí esta noche ser la niña?—dijo Delfina riéndose.

Rastignac se volvió á la casa Vauquer con la seguridad de abandonarla al día siguiente, y por el camino se entregó á esos bonitos sueños que tienen todos los jóvenes cuando sienten aún en los labios el gusto de la dicha.

—¿Qué hay? ¿qué tal?—dijo el padre Goriot cuando Rastignac pasó por delante de su cuarto.

—Mañana se lo diré á usted todo—respondió Eugenio.

—Todo ¿verdad?—gritó el buen hombre.—Acuéstese usted, que mañana daremos principio á nuestra vida feliz.

Al día siguiente, Goriot y Rastignac sólo esperaban al mozo de cuerda para abandonar la posada, cuando, á eso de las doce, el ruido de un coche que se detenía precisamente en la puerta de la casa Vauquer, resonó en la calle. La señora de Nucingen bajó de su coche, preguntó si su padre estaba aún en la posada, y al oír la respuesta afirmativa de Silvia, subió apresuradamente las escaleras. Eugenio se encontraba en su habitación sin que su vecino lo supiese, porque, mientras almorzaban, había rogado al padre Goriot que se llevase sus efectos, diciéndole que se encontrarían á las cuatro en la calle de Artois. Pero mientras el buen hombre había ido á buscar un mozo de cuerda, Eugenio, después de

asistir á la lista en la clase, había vuelto sin que nadie le hubiese visto para pagar á la señora Vauquer, pues temía que el padre Goriot se encargase de satisfacer su cuenta. La patrona había salido. Eugenio subió á su cuarto para ver si dejaba algo olvidado y celebró haber tenido este pensamiento al ver en el cajón de su mesa la aceptación á favor de Vautrín de la letra que él había arrojado allí indiferentemente el día que la había pagado. Como no tenía fuego, iba á romperla en pedacitos, cuando reconoció la voz de Delfina, y no queriendo hacer ruido, se detuvo para oírla, pensando que su amada no debía tener para él ningún secreto. Desde las primeras palabras Eugenio encontró demasiado interesante la conversación entre el padre y la hija para no escucharla.

—¡Ah! padre mío, quiera Dios que usted haya pedido cuenta á mi marido de mi fortuna bastante á tiempo para que no esté arruinada. ¿Puedo hablar?

—Sí, no hay nadie en la casa—dijo el padre Goriot con alterada voz.

—Pero ¿qué tiene usted, padre mío?—le preguntó la señora de Nucingen.

—Acabas de darme un hachazo en la cabeza—respondió el anciano.—Dios te perdone, hija mía. Si supieses lo que te quiero, no me habrías dicho bruscamente semejantes cosas, sobre todo no sabiéndolas de cierto. ¿Qué ha ocurrido que corra tanta prisa para que hayas venido á buscarme aquí, cuando dentro de algunos instantes estaríamos en la calle de Artois?

—Papá ¿quién es dueño de contener la primera impresión que nos causa una catástrofe? Estoy loca. Su

procurador nos ha hecho descubrir un poco antes la desgracia que sin duda estallará más tarde. Su experiencia comercial nos va á ser necesaria, y he acudido á buscarle como el que, en peligro de ahogarse, se agarra á cualquier objeto que encuentre para mantenerse en la superficie. Cuando el señor Derville vió que Nucingen oponía mil dificultades, le amenazó con un pleito, diciéndole que no tardaría en obtenerse la autorización del presidente de la audiencia. Nucingen ha venido esta mañana á mi cuarto para preguntarme si quería ser su ruina y la mía. Yo le contesté que no sabía nada de todo ello, que era dueña de una fortuna, de la cual debía estar en posesión, y que todo lo que atañía á ese asunto era cosa de mi procurador, porque yo estaba y estaré ignorante de todas esas cosas. ¿No era esto lo que usted me había encargado que le dijese?

—Sí—respondió el padre Goriot.

—Pues bien—repuso Delfina,—Nucingen ha querido ponerme al corriente de sus negocios. Al parecer, ha empleado su capital y el mío en empresas que empiezan ahora y que le han absorbido por completo todos los fondos. Si yo le obligo á entregarme la dote, tendrá que presentar un balance; mientras que si quiero esperar un año, se compromete, por su honor, á devolverme una fortuna doble ó triple que la mía colocando mi capital de manera que yo sea dueña de él. Papá querido, me pareció que me hablaba con sinceridad, me ha asustado, me pidió perdón por su conducta, me devolvió mi libertad y me permitió obrar á mi antojo, con la condición de que le deje enteramente dueño de dirigir las empresas en mi nombre. Para probarme su buena fe,

me ha permitido llamar al señor Derville siempre que quiera, para que juzgue de si están bien redactadas las actas en virtud de las cuales me ha de instituir propietaria. En fin, que se ha entregado á mí atado de pies y manos. Quiere llevar la dirección de la casa dos años más, me ha suplicado que arregle mis gastos á lo que me tiene concedido, me ha probado que lo único que podía hacer era guardar las apariencias, me ha asegurado que había abandonado á la bailarina y, por fin, me ha dicho que se iba á reducir á la más estricta economía, á fin de llegar al término de sus especulaciones sin alterar su crédito. Yo le traté muy mal y dudé de sus palabras para sacar más ventaja, y entonces él me enseñó sus libros, llorando. Nunca he visto un hombre en semejante estado; parecía loco, hablaba de matarse, deliraba y llegó á inspirarme lástima.

—Y ¿has dado crédito á todas esas farsas?—exclamó el padre Goriot.—Es un comediante. Yo he tratado con alemanes, que son casi todos gente de buena fe y cándidos; pero cuando se proponen ser malignos y charlatanes cubriéndose con la capa de la franqueza y de la honradez, lo son más que nadie. Tu marido te engaña, se siente atacado de cerca, se hace el muerto y quiere permanecer dueño de todo, aprovechando esta circunstancia para ponerse á salvo de los riesgos del comercio. Es un mal sujeto tan astuto como pérfido. No, no, no me iré yo al cementerio dejando á mis hijas desprovistas de todo. Aun entiendo algo los negocios. ¿Te ha dicho que ha comprometido su capital en empresas? Pues bien; sus intereses han de estar representados por valores, por contratos, por recibos, por tratados; que los

enseñe y que liquide contigo. Escogeremos las mejores especulaciones, correremos sus riesgos, y las sociedades figurarán con nuestro nombre de DELFINA GORIOT, esposa separada del barón de Nucingen en cuanto á los bienes. Pero ¿nos toma por tontos ese hombre? ¿Cree que yo podría soportar dos días la idea de dejarte sin fortuna y sin pan? No lo soportaría ni un día, ni una noche, ni dos horas, y si esta idea fuese verdadera, sucumbiría ante ella. ¡Cómol! ¿habré trabajado durante cuarenta años, habré llevado sacos al hombro, habré sudado á mares, me habré impuesto privaciones toda mi vida por vosotras, ángeles míos, que contribuís á que todo trabajo y á que toda carga me pareciesen ligeros, y hoy vería mi fortuna y mi vida desvanecida en humo? Esto me haría morir de rabia. Por todo lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra, vamos á esclarecer esto, á examinar los libros, la caja, los impresos. Yo no duermo, no me acuesto, no como hasta que me prueben que tu fortuna entera se ha salvado. Á Dios gracias, estás separada en bienes y tendrás por procurador al señor Derville, que, afortunadamente, es un hombre honrado. ¡Por vida de...! has de guardar tu milloncito, tus cincuenta mil francos de renta hasta el fin de tus días, ó armo un escándalo en París. ¡Ah! ¡ah! me dirigiría á las cámaras si los tribunales te hiciesen víctima. ¡Saber que estabas tranquila y que eras feliz por lo que atañe al dinero, era pensamiento que aliviaba todos mis males y calmaba mis penas. El dinero es la vida, la moneda lo puede todo. ¿Qué viene á contarnos ese imbécil alsaciano? Delfina, no hagas ninguna concesión á ese animal que te ha encadenado y te ha hecho des-

graciada. Si te necesita, ya le arreglaremos y le haremos andar derecho. ¡Dios mío! me arde la cabeza y me parece que tengo dentro algo que me abrasa. ¡Mi Delfina en la miseria! ¿Tú, Fifina mía? ¡Mil rayos! ¿Dónde están mis guantes? Vamos, marchémonos, quiero ir á verlo todo, los libros, los negocios, la caja, la correspondencia, al instante. No estaré tranquilo hasta que me prueben que tu fortuna no corre ya riesgo, y hasta que lo vea con mis propios ojos.

—Papá querido, tenga usted prudencia. Si emplea usted el menor síntoma de venganza en este asunto y si hace ver que sus intenciones son hostiles, estaría perdida. Él le conoce á usted, y ha encontrado muy natural que yo me preocupase de mi fortuna á instancias suyas; pero, se lo juro, ha querido tener mi fortuna en sus manos, la posee, y es bastante infame para huir con todo el capital y dejarnos. Él sabe bien que yo no deshonraría el nombre que llevo persiguiéndole. Es á la vez fuerte y débil. Le conozco bien. Si le apuramos, estoy arruinada.

—Pero, entonces ¿es un bribón?

—Sí, sí, padre mío—dijo Delfina llorando, al mismo tiempo que se dejaba caer en una silla.—Yo no quería confesárselo para ahorrarle la pena de haberme casado con un hombre de esa especie. Costumbres secretas y conciencia, alma y cuerpo, todo está en él de acuerdo y es espantoso. Le odio y le desprecio. Sí, después de lo que me ha dicho, jamás podré estimar á ese vil Nucingen. Un hombre capaz de terciar en las combinaciones comerciales de que me ha hablado no tiene delicadeza, y mis temores provienen de lo que he leído claramente en



su alma. Él, mi marido, me ha propuesto sin ambages mi libertad (y ya sabe usted lo que esta palabra significa) si yo me prestaba, en caso de desgracia, á ser instrumento suyo, á servirle de testafarro.

—Pero, para esa clase de yernos están las leyes y el patíbulo—exclamó Goriot,—y yo mismo le guillotinaría si faltara verdugo para hacerlo.

—No, padre mío, no hay leyes contra él. Escuche usted en dos palabras su lenguaje, desprovisto de las circunlocuciones de que él lo ha rodeado: «Ó todo está perdido y queda usted arruinada, pues yo sólo á usted puedo tener por cómplice, ó me deja llevar á buen término mis negocios.» ¿No está la cosa clara? Él confía aún en mí, y mi probidad de mujer le tranquiliza, porque sabe que le dejaría su fortuna y me contentaría con la mía. En fin, que so pena de quedar desposeída, tengo que consentir en formar parte de una asociación impropria é infame. Compra mi conciencia á costa de dejarme vivir á mi antojo con Eugenio. «Te permito cometer faltas, déjame hacer crímenes arruinando á pobres gentes.» ¿No es bastante claro este lenguaje? ¿Sabe usted á lo que él llama hacer negocios? Compra terrenos á su nombre, y luego hace que un testafarro construya casas en ellos. Estos testafarros contratan la construcción con los maestros de obras, á quienes pagan en efectos á largos plazos, y, mediante una ligera suma, consienten en pagar á mi marido, que pasa á ser el dueño de las casas, mientras que los testafarros se declaran en quiebra robando á los maestros de obras. El nombre de la casa Nucingen sirvió para deslumbrar á los pobres constructores. Yo he comprendido esto y he comprendido tam-

bién que para probar, en caso de necesidad, el pago de enormes sumas, Nucingen ha enviado considerables valores á Amsterdam, á Londres, á Nápoles y á Viena.

Eugenio oyó el pesado ruido de las rodillas del padre Goriot que, sin duda, cayó sobre el pavimento de su cuarto diciendo:

—¡Dios mío! ¿Qué te he hecho? ¡Mi hija entregada á ese miserable, que exigirá de ella lo que quiera! ¡Perdón, hija mía!

—Sí, sí, si estoy en un abismo, tal vez es suya la culpa. ¡Tenemos tan pocos años cuando nos casamos! ¿Conocemos nosotras el mundo, los negocios, las costumbres? Los padres deberían pensar por nosotras. No, padre mío, no le reprocho á usted nada, perdone estas palabras, la culpa es toda mía. No, no llore usted, papá—dijo Delfina besando á su padre en la frente.

—No llores tú tampoco, Delfinita mía, y dame tus ojos para que yo te los enjuge con mis besos. No temas. Volveré á emplear mi inteligencia, y desembrollaré los negocios de tu esposo.

—No, déjeme usted hacer á mí, yo sabré manejarme. Él me ama, y yo podré servirme del imperio que ejerzo sobre él para lograr que coloque á mi nombre algunas propiedades. Mañana venga usted únicamente á examinar sus libros y sus negocios. El señor Derville no entiende nada de lo que es comercial. Pero, no, no venga usted mañana, porque no quiero criar mala sangre. Pasado mañana es el baile de la señora de Beauseant, y deseo cuidarme para estar guapa y descansada, á la vez que halagar el orgullo de mi querido Eugenio. Vamos á ver su cuarto.

En este instante se detuvo un coche en la calle Nueva

de Santa Genoveva y se oyó en la escalera la voz de la señora de Restaud, que le decía á Silvia:

—¿Está mi padre en casa?

Afortunadamente, esta circunstancia libró de ser sorprendido á Eugenio, que pensaba ya tumbarse sobre la cama y hacerse el dormido.

—¡Ahl papá ¿le han hablado á usted de Anastasia?— dijo Delfina reconociendo la voz de su hermana.—Al parecer ocurren en su casa cosas extraordinarias.

—¿Qué le pasa?—dijo el padre Goriot.—¿Será esto el fin de mis días? Mi pobre cabeza no soportaría otra desgracia.

—Buenos días, padre—dijo la condesa entrando.—¡Ahl ¿estás aquí, Delfina?—añadió al ver á su hermana, cuya presencia pareció contrariarle.

—Buenos días, Tasia—dijo la baronesa.—¿Encuentras mi presencia aquí extraordinaria? Yo veo á mi padre todos los días.

—¿Desde cuándo?

—Si vinieses lo sabrías.

—No me molestes, Delfina—dijo la condesa con voz lastimera.—Soy muy desgraciada, estoy perdida, padre mío. ¡Oh! esta vez completamente perdida.

—¿Qué tienes, Nasia?—gritó el padre Goriot.—Dí-noslo todo, hija mía.

La condesa palideció.

—Vamos, Delfina, socórrela, sé buena para ella, y te querré más, si ello es posible.

—¡Pobre Nasia!—dijo la señora de Nucingen sen-tando á su hermana.—Habla. Nosotros somos las dos únicas personas que te aman bastante para perdonártelo

todo. Mira, los afectos de familia son los más seguros.

Delfina le hizo respirar sales y la condesa volvió en sí.

—Esto me hará morir—dijo el padre Goriot.—Va-mos—repuso removiendo el fuego,—aproximao las dos, tengo frío. ¿Qué tienes, Nasia? Dilo pronto, porque la impaciencia me mata.

—Pues bien—dijo la pobre mujer;—mi marido lo sabe todo. ¡Figúrese usted padre mío! ¿Se acuerda de aquella letra de Máximo de hace algún tiempo? Pues no era la primera, yo había pagado ya muchas. Á prin-cipios de enero, el señor de Trailles me parecía estar muy triste. Él no me decía nada; pero, aparte de los presentimientos, es tan fácil leer en el corazón de aqué-llos á quienes se ama, que con un nada basta. En fin, lo cierto es que él estaba conmigo más amante y más cariñoso que nunca y yo seguía siempre feliz. ¡Pobre Máximo! Según me ha dicho, en su interior se iba des-pidiendo de mí: quería levantarse la tapa de los sesos. Al fin yo permanecí dos horas á sus pies, le atormenté tanto y tanto le supliqué, que me dijo que debía cien mil francos. ¡Oh! papá ¡cien mil francos! Perdí la cabeza. Usted no los tenía, y yo lo había devorado todo.

—No, no hubiera podido dárte los, á menos que no hubiese ido á robar. Pero habría ido, Nasia, iré.

Al oír estas palabras pronunciadas lúgubrementemente cual el sonido del estertor de un moribundo, palabras que acusaban la agonía del sentimiento paternal reducido á la impotencia, las dos hermanas guardaron silencio. ¿Qué egoísmo habría permanecido impasible ante aquel grito

de desesperación que, cual una piedra lanzada al abismo, revelaba su profundidad?

—Los hallé disponiendo de lo que no me pertenecía, padre mío—dijo la condesa derramando abundantes lágrimas.

—¿De modo que es todo cierto?—dijo Delfina conmovida, rompiendo en llanto y apoyando la cabeza en el hombro de su hermana.

Anastasia inclinó la frente, la señora de Nucingen la abrazó tiernamente, y, apoyando la cabeza contra su corazón, le dijo:

—Aquí serás siempre querida sin ser juzgada.

—Ángeles míos—dijo Goriot con voz débil—¿por qué es debida á la desgracia vuestra unión?

—En fin, para salvar la vida de Máximo, para salvar toda mi dicha—repuso la condesa animada por aquellos testimonios de sincero y franco cariño,—llevé á casa de ese usurero que usted conoce, de ese hombre fabricado por el infierno, de ese señor Gobseck á quien nada entenece, los diamantes de familia que tanto aprecia el señor Restaud, los suyos, los míos, todo, y los he vendido, ¡vendidos! ¿comprende usted? Y le salvé á él; pero yo estoy muerta. Restaud lo ha sabido todo.

—¿Por quién? ¿cómo? ¡dímelo, que lo mato!—gritó el padre Goriot.

—Ayer me mandó recado de que fuese á su cuarto, y yo fui... «Anastasia, me dijo con una voz que me bastó para adivinarlo todo, ¿dónde están sus diamantes?» «En mi cuarto». «No, me dijo mirándome, están aquí, en mi cómoda». Y me enseñó el estuche que había cubierto con su pañuelo. «¿Sabe usted de dónde vienen?» me

dijo. Entonces yo caí de rodillas, lloré y le pregunté de qué muerte quería verme morir.

—¿Has dicho eso?—exclamó el padre Goriot.—¡Por vida de Dios! ¡El que os haga daño á una ó á otra mientras yo viva, que esté seguro de que le calcinaré los huesos! ¡Oh! sí, lo haré picadillo, como...

El padre Goriot enmudeció, porque las palabras espiraban en su garganta.

—Al fin, querida mía, me pidió cosa que es más difícil que la muerte. ¡Libre el cielo á toda mujer de oír lo que yo oí!

—¡Yo asesinaré á ese hombre!—dijo el padre Goriot tranquilamente.—Pero no tiene más que una vida, y me debe dos. Veamos ¿qué pasó?—repuso mirando á Anastasia.

—Mi marido—dijo la condesa continuando después de una pausa—me miró y me dijo: «Anastasia, lo sepulto todo en el silencio, y permaneceremos juntos porque tenemos hijos. No mataré al señor de Trailles, porque podría errar el tiro batiéndome en duelo, y si me deshiciera de él por otros medios, tendría que chocar con la justicia humana. Matarle en los brazos de usted sería deshonorar á los hijos. Pero, para no ver perecer á los hijos de usted, ni á su padre, ni á mí mismo, le impongo dos condiciones. Responda usted; ¿tengo algún hijo mío?» Yo le contesté que sí. «¿Cuál?» me preguntó. «Ernesto, nuestro primogénito». «Bien. Ahora júreme usted obedecerme en lo sucesivo en un solo punto». Yo juré. «Firmará usted la venta de sus bienes tan pronto como yo se lo pida.»

—¡No firmes—gritó el padre Goriot,—no firmes nunca

eso! ¡Ah! ¡oh! señor de Restaud, usted no sabe lo que es hacer á una mujer feliz, y porque esta va á buscar la dicha donde la halla, la castiga, debiendo castigarse á sí propio por su necia impotencia. Pero ¡alto, que estoy yo aquí y me opondré en su camino! Nasia, no tengas cuidado. ¡Ah! ¿conque él quiere á su heredero? Bueno, bueno. Yo le secuestraré á su hijo, que es mi nieto. ¡Por vida del... ¿Puedo ir á verle á ese muchacho? No tengas cuidado, que lo llevaré á mi aldea y lo cuidaré. Yo le haré capitular á ese monstruo diciéndole:—Si quieres á tu hijo, devuelve la fortuna á mi hija y déjala que obre á su antojo.

—¡Padre mío!...

—Sí, padre tuyo. ¡Ah! soy un verdadero padre. ¡Por vida de...! ¡que se guarde ese pillastre de maltratar á mis hijas, porque me parece que llevo sangre de tigre en las venas para devorar á esos dos hombres. ¡Ah! hijas mías ¿es esa vuestra vida? ¿Sí? pues ella es mi muerte. ¿Qué será de vosotras cuando yo no viva? Los padres deberían vivir tanto como los hijos. ¡Dios mío, qué mal arreglado tienes este mundo! Y sin embargo, según dicen, tú tienes un hijo y deberías impedir que nosotros sufriésemos por los nuestros. ¡Cómol ángeles queridos, ¿sólo á vuestros dolores se debe vuestra presencia? ¿No me dais á conocer más que vuestras lágrimas? Pero, en fin, sí, ya veo que me queréis. Venid, venid siempre á quejaros aquí, que mi corazón es muy grande y puede recibirlo todo. Sí, en vano lo dividiréis, porque cada pedazo será un corazón de padre. Quisiera tener vuestras penas, sufrir por vosotras. ¡Ah! ¡qué felices érais cuando pequeñas!

—Aquellos fueron nuestros únicos buenos tiempos—dijo Delfina.—¿Dónde están ya los días en que saltábamos por encima de los sacos del granero?

—Padre mío, no es esto todo—dijo Anastasia al oído á su padre, que dio un salto.—Los diamantes no han sido vendidos en cien mil francos, Máximo es perseguido y sólo restan que pagar doce mil francos. Me ha prometido ser juicioso y no jugar más. Su amor es lo único que me queda en el mundo, y lo he pagado demasiado caro para no morir por él. Le he sacrificado mi fortuna, mi honor, mi descanso, mis hijos. ¡Oh! haga usted al menos que mi Máximo quede libre y honrado y pueda permanecer en el mundo, donde sabrá crearse una posición. Ahora sólo puede pensar en hacerme feliz, y no debe olvidar que tenemos hijos que quedarían sin fortuna. Si le meten en Santa Pelagia todo está perdido.

—¡No los tengo, Nasial ¡nada, nada, esto es el fin del mundo! ¡Oh! no hay duda que el mundo se acaba. ¡Marchaos, escapaos! ¡Ah! aun me quedan mis pendientes de plata y seis cubiertos, los primeros que tuve en mi vida. Además, tengo mil doscientos francos de renta vitalicia.

—Pues ¿qué hizo usted de sus rentas perpetuas?

—Las vendí, reservándome esta pequeña renta para mis necesidades. Tenía precisión de doce mil francos para arreglarle una habitación á Delfina.

—¿En tu casa, Delfina?—dijo la señora de Restaud á su hermana.

—¡Oh! ¿qué más da? lo cierto es que los doce mil francos están gastados.

—Lo adivino, para el señor de Rastignac. ¡Ah! ¡mi pobre Delfina, detente, mira cómo estoy yo!

—Querida mía, el señor de Rastignac es un joven incapaz de arruinar á su querida.

—Gracias, Delfina. No esperaba oír eso, en el estado en que me hallo; pero, en fin, nunca me has querido.

—Sí que te quiere, Nasia—gritó el padre Goriot,—ahora mismo me lo decía. Hablábamos de ti, y sostenía que tú eras hermosa y que ella sólo era bonita.

—¿Ella? lo que es fría como el mármol—repitió la condesa.

—Aunque así fuese—dijo Delfina poniéndose roja de rabia—¿cómo te has portado tú conmigo? Has renegado de mí, me has cerrado todas las puertas de todas las casas adonde yo deseaba ir, y no has perdonado ocasión de disgustarme. ¿He venido yo acaso como tú á arrancarle á nuestro pobre padre su fortuna mil á mil francos y á reducirle al estado en que se encuentra? He aquí tu obra, hermana mía. Yo he visto á mi padre cuando he podido, no le he echado nunca de mi casa, y no he venido á lamerle las manos cuando le he necesitado. Ni siquiera sabía yo que hubiese empleado los doce mil francos por mí. Yo ya sabes que soy mujer ordenada. Además, cuando papá me ha hecho regalos, no ha sido porque yo se los pidiese.

—Tú eras más feliz que yo; el señor de Marsay era rico y supiste aprovecharte de ello. Siempre has sido vil como el oro. Adiós, haré cuenta que no tengo hermana ni...

—¡Cállate, Nasia!—gritó el padre Goriot.

—Eres un monstruo y sólo una hermana como tú

puede repetir lo que ni siquiera el mundo cree—le dijo Delfina.

—¡Hijas más, hijas más, callaos, ó me mato en vuestra presencia!

—En fin, Anastasia, eres desgraciada y te perdono—dijo la baronesa continuando.—Pero conste que yo soy mejor que tú. Decirme lo que me dices en el momento en que me sentía capaz de todo para socorrerte, hasta de entrar en el cuarto de mi marido, cosa que no haría por mí ni por... eso sólo es digno de todo el mal que tú me has hecho de nueve años á esta parte.

—¡Hijas más, hijas más, sois dos ángeles, abrazaos!—dijo el padre.

—No, déjeme usted—dijo la condesa rehuyendo el abrazo de su padre.—Delfina tiene menos piedad de mí que mi marido, y sin embargo viéndola, cualquiera diría que es la imagen de todas las virtudes.

—Prefiero pasar plaza de deber dinero al señor de Marsay que confesar que el señor de Trailles me cuesta más de doscientos mil francos—respondió Delfina.

—¡Delfina!—gritó la condesa dando un paso hacia ella.

—Yo te digo la verdad, mientras que tú me calumnias—replicó friamente la baronesa.

—¡Delfina, eres una...!

El padre Goriot se abalanzó hacia la condesa y le impidió hablar tapándole la boca con la mano.

—Dios mío, papá, ¿qué ha tocado usted esta mañana?

—¡Ah! sí, es verdad, he hecho mal—dijo el padre limpiándose las manos en el pantalón.—No sabía que

vendrías y estaba preparándome para la mudanza.

El padre Goriot se sentía feliz de haberse atraído un reproche que dirigía contra él la cólera de su hija y repuso sentándose:

—¡Ah! ¡me habéis destrozado el corazón! Hijas mías, ¡me muero! me hierva la cabeza como si tuviera fuego. ¡Sed juiciosas y quereos, porque sino me haréis morir! Delfina, Nasia, vamos, las dos tenéis razón y las dos tenéis la culpa. Vamos, Delfina—añadió fijando en la baronesa sus ojos bañados en lágrimas,—necesito doce mil francos, busquémoslos. ¡Por Dios, no os miréis de ese modo!

Después, arrodillándose delante de Delfina, le dijo al oído:

—Pídele perdón por darme gusto; ¿no ves que es más desgraciada que tú?

—¡Pobre Nasia!—dijo Delfina asustada de la salvaje y loca expresión que el dolor imprimía al rostro de su padre.—He hecho mal, abrázame.

—¡Ah! ¡derramáis un bálsamo sobre mi corazón!—gritó el padre Goriot.—Pero ¿dónde encontrar doce mil francos? ¡Si yo me vendiese como sustituto!

—¡Ah! no, padre mío—dijeron las dos muchachas rodeándole.

—¡Dios le recompensará de ese pensamiento, que no podríamos pagar con nuestra vida ¿verdad, Nasia?—repuso Delfina.

—Además, papá querido, eso sería una gota de agua—advirtió la condesa.

—Pero ¿no tiene uno medio de vender su sangre?—gritó el anciano desesperado.—¡Yo me entrego al que

te salve! ¡Nasia, mataré á un hombre por él, haré como Vautrín, iré á presidio! Yo...—se detuvo como herido por un rayo, y después prosiguió mesándose los cabellos:—Pero no, nada. Si yo supiese dónde pudiera robar... Pero ¡ca! ¡hasta el robar es difícil! Además, para asaltar el Banco se necesitaría gente y tiempo. Vamos, ya no me queda más que morir. Sí, no sirvo para nada, ni siquiera soy padre. Nasia necesita, me pide, y yo no puedo darle nada. ¡Ah! ¡viejo chocho, te has creado una renta vitalicia y tenías hijas! ¿Conque ya no las quieres? ¡Pues perece, perece como un perro viejo! ¡Sí, soy aún menos que un perro, porque un perro no obraría como yo! ¡Oh! ¡mi cabeza estalla!

—Pero, papá, sea usted razonable—gritaron las dos jóvenes rodeándole para impedirle que se rompiera la cabeza contra las paredes.

El anciano sollozaba. Eugenio, asustado, tomó la letra de cambio suscrita á Vautrín, cuyo sello servía para una suma mayor, corrigió la cifra, hizo una letra de cambio de doce mil francos á la orden de Goriot y entró.

—Señora, aquí tiene usted el dinero—dijo presentándole el papel.—Estaba durmiendo, su conversación me ha despertado, y de este modo he podido saber lo que le debía al señor Goriot. Pueden ustedes negociar esta letra, y yo la pagaré puntualmente.

La condesa, inmóvil, tenía la letra en la mano.

—Delfina—dijo al fin pálida y temblando de rabia, de cólera y de furor,—Dios es testigo de que te lo perdona todo, pero esto ¡nunca! ¡Cómo! ¿estaba el señor ahí? ¡tú lo sabías y has tenido la baja de vengarte